





PROYECTO



OGMIOS



# OJOS ABIERTOS

Proyecto Ogmios

Libro 1



Eratia Copperfield

## **Derechos Reservados ©Eratia Copperfield, 2026**

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida, distribuida, ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa y por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas incluidas en críticas y reseñas. Para obtener permiso para usos adicionales, contacta con el autor en [eratiacopperfield@gmail.com](mailto:eratiacopperfield@gmail.com)

Esta obra es completamente original, está inspirada en sesiones de rol colaborativo realizadas en un entorno privado. Los personajes y tramas han sido adaptados, modificados o creados por la autora, respetando la privacidad y aportaciones de los participantes. Cualquier parecido con personas reales o personajes originales es puramente casualidad o fruto de la ficción y, los jugadores participantes, sabían que este libro sería escrito. A quienes necesitaron de su uso personal para proyectos propios, se les ha cambiado los nombres de personajes, los matices y los silencios. Esta obra no pretende apropiarse de ninguna creación ajena, sino rendir homenaje a un momento compartido, a una historia que nos atravesó

Y, si alguna vez te reconoces en estas páginas, deseo que lo hagas con cariño.


Autor: ©Eratia Copperfield

Ilustración de Cubierta: Ilustración asistida por IA, intervenida y editada por  
©Eratia Copperfield

ISBN: 978-9403865-18-8

Depósito Legal: B 5092-2026

Impresión: Bookmundo



¡Advertencia, lector/a!

Este libro contiene vocabulario soez,  
Sexo, violencia y situaciones  
que podrían herir tu sensibilidad.

Si continuas adelante,  
es bajo tu propia responsabilidad,  
porque la violencia existe y yo siempre la  
he reflejado en mis historias  
y no tengo intención  
de suavizarlos.

Por el contrario,  
si eres consciente de lo que encontrarás  
y aun así te atreves a seguir,  
te doy las gracias por tu valentía  
y la confianza  
que pones en esta historia.

Eratia Copperfield



## *DEDICATORIA*

A Rafa, mi marido, que soporta cada una de mis manías,  
charlas interminables sobre el libro y los personajes,  
e intenta ayudarme cuando me quedo en blanco.

Y a las personas que luchan y desafían los obstáculos que se  
interponen en sus vidas.

Y a ti, que has comprado este libro sin saber que su creación  
forma parte de una época muy dura en mi vida y de mi marido.



## OJOS ABIERTOS

Tienes una vida que has considerado normal,  
hasta que algo despierta en ti y las personas que te rodean,  
comienzan a mirarte de otro modo.

Algo ha ocurrido en tu rutina casi perfecta.

Un día, un desconocido, que parece conocer muchas cosas de ti —tu nombre, tus costumbres—, se presenta de la nada y te habla de llevarte a un lugar donde te enseñarán a adaptarte a esos

**cambios en tu cuerpo y tu mente.**

Te arrancan de tu entorno con más o menos buenas palabras y descubres que hay otro mundo paralelo al tuyo, desconocido hasta entonces, del que las noticias no hablan.

El adiós a la vida que conocías comienza con tu aceptación, y cuando subes al coche negro de vidrios tintados, conducido por un trajeado chofer, sabes que no hay vuelta atrás.

Lo que no sabes, es cuándo volverás a tener contacto con todo cuanto queda tras de ti.

Te entregan un uniforme.

**Te conviertes en un residente del  
Centro de Rehabilitación Cotswolds.**

Descubres que este lugar tiene también sus reglas, pero en una reunión privada, tan sólo te han dado a conocer las del centro.

Los residentes veteranos, no te explican las verdaderas normas de este micro universo al que dicen que perteneces, y **las deberás aprender solo.**

Tras dos días de adaptación, empiezas las clases, pero son temporales... hasta que te den a escoger tu porvenir entre dos opciones:

**aprender a ser un buen civil  
o entrar en las filas de los Agentes.**

No lo crees, sin embargo es una decisión importante, porque muchas cosas cambiarán a partir de ese momento.

Por primera vez, si has sido afortunado en tu vida anterior,

Escuchas hablar de *cazadores*, de *sabuesos*.

Y descubres que el centro al que has aceptado ir, es un lugar protegido por **ocultos secretos.**

Empiezas a cuestionarte qué más misterios  
esconde el colegio y si deseas realmente conocerlos.  
Si has aceptado ser *Agente*, al margen de las asignaturas escolares,  
comienza tu **entrenamiento especial**.  
**Has aceptado las condiciones y no hay vuelta atrás.**

## CENTRO DE REINTEGRACIÓN COTSWOLDS

El *Centro de Reintegración Cotswolds*, forma parte del *Proyecto Ogmios*, un proyecto de integración para una serie de chicos que, en otros lugares del mundo, son vistos como monstruosidades por una serie de diferencias que les hacen distintos ante los ojos **del resto de la sociedad**.

Los jóvenes de Cotswolds se hallan alejados de sus hogares por motivos tan diversos como diferencias marcadas y visibles por su aspecto peculiar, dones incómodos o difíciles de asimilar en el ámbito familiar o, tal vez, por un insospechado desarrollo de sus cualidades debido a la intervención de la investigación genética, e incluso aquellos que, por infortunios de la vida, han tenido que recibir el beneficio o la maldición de implantes cibernéticos que deberían haberles mejorado su calidad de vida y, en lugar de ello, **los han convertido en poco menos que repudiados**.

Con un meritorio equipo de profesionales que han conocido esas problemáticas en tiempos muy difíciles, en ocasiones desde el surgimiento de estas diferencias, el *CRC* les propone la posibilidad de participar activamente de esa misma sociedad ofreciéndoles **un futuro, un porvenir y una vida**.

Jóvenes humanos de actitudes rebeldes, jóvenes “mejorados” por la ciencia, y jóvenes cuyos genes mutaron espontáneamente, tienen un hogar, una forma de vida, con la que el equipo de *Ogmios*, confía en que, algún día, esa sociedad que les rechaza, tenga que levantar la vista hacia ellos y reconocerlos en **sus propios méritos**.





## *CAPÍTULO I - PROYECTO OGMIOS*

La tormenta agitó las aguas oceánicas y las elevó en tumultuosas olas, el viento sopló con titánica fortaleza y el cielo se vio surcado por fugaces y deslumbradores relámpagos que quebraban la profunda noche al ritmo de ensordecedores truenos. Viento y aguas jugaron con la pequeña balsa de dos únicos ocupantes. Con el amanecer llegó la calma y, con ella, se vislumbró el celeste firmamento adornado por algodonosas nubes blancas. Quien no hubiese visto la furia nocturna, podría asegurar que el azul océano no era un ente sereno de infinita belleza.

Sin embargo, los ocupantes de la balsa construida con dos literas eran testigos de lo ocurrido. Perdieron los remos, barridos en una de las muchas ocasiones en las que las olas les pasaron por encima, y se los llevaron consigo junto con las provisiones. Ellos no corrieron la misma suerte debido a la insistencia del chico a atarse a la balsa, y a que, durante el transcurso de la tormenta, creó una invisible cúpula que los protegió de los persistentes embates.

Ω

Bajo la protección que su compañero había construido para resguardarse del sol, Elisabeth lo contemplaba casi con envidia al verle dormir tan profundamente. Eddie no era muy alto, tal vez apenas si llegaba al metro setenta de altura, y para su edad poseía un cuerpo delgado y fibrado bajo su piel ligeramente morena que delataba apenas la sangre mulata que corría por sus venas. El tono

de su piel y el peculiar color azul de sus ojos, le proporcionaban un especial atractivo que, por lo habitual, se esfumaba en cuanto abría la boca y por ella escapaba su mal aprendido lenguaje barriobajero. Pese a ello, y si no se consideraba atacado en algún aspecto, podía resultar un chico agradable.

Ni Eddie ni ella habían sido muy afortunados en sus relaciones con el cuerpo directivo, y tampoco con los demás exiliados del sitiado colegio para fenómenos en Nueva Jersey, el centro Simon Canaaité, refugio y hogar de miembros de los Rangers de la Unión. Ambos se habían revelado en numerosas ocasiones contra las normas establecidas por la institución, contra sus profesores, y costumbres con las que comulgaban. El ataque al colegio les había resultado muy útil para librarse de ellos. El director Steward Winters, decidió que los estudiantes fuesen trasladados a las tierras gobernadas por Aqueronte, quien había instaurado en ellas una sociedad sólo para seres especiales como ellos y a la que había llamado Elysium. El hecho de que Eddie se hubiese enfrentado, meses atrás, directamente con el líder de la comunidad a la que habían sido enviados junto con los demás acogidos por la escuela, al parecer fue la guinda del pastel. Las gentes de aquel lugar decidieron dejarles en el campamento de la isla cuando llevaron consigo a todos los demás a un lugar seguro.

No sabía qué hubiera hecho ella de haberse encontrado sola en aquellas circunstancias, aunque indudablemente, no se le hubiera ocurrido construir una balsa con los tablones del muelle de la isla, ni mucho menos, utilizar las literas de la caseta de cañas. Aquel lugar que en algún momento debió de haberse empleado como zona de recreo, para ellos dos se había convertido en una prisión de aislamiento.

Sonrió al recordar las horas de trabajo intenso que invirtieron en su navío ayudados con el ingenio de aquel chico huraño y poco conversador, ingenuo y tan hostil al mismo tiempo. Eddie resultaba una absoluta nulidad en los estudios, motivo de continuas expulsiones de las aulas de estudio las pocas veces que le había visto en ellas. No obstante, la asombró el ingenio con el que trabajó en las cuerdas con tallos de plantas para asegurar cada parte de la balsa, utilizó una de las paredes de la cabaña en la que se alojaban, para convertirlas en el techado que en esos momentos

les resguardaba, y cómo fabricó los aparejos para poder controlar la vela creada con las sábanas de las literas.

Desde que se echaran al mar, Eddie acostumbraba a volar en busca de tierra, sin alejarse demasiado por el temor a que las fuerzas le fallasen y no ser capaz de regresar a la balsa. En sus excursiones descubrió que había tierra firme en el horizonte, aunque lejos de su alcance en las circunstancias que se hallaban. A partir de ese momento, había empleado su habilidad de vuelo para arrastrar de la balsa y avanzar hacia alguna parte, tomaba períodos de descanso y en la noche volvía a guiarse por lo que él llamó *brillo de la Diosa*. A ella le parecía tan solo una estrella más en medio del negro firmamento.

El sonido apremiante que hicieron sus tripas al reclamar algo de comer, instó a Elisabeth a dirigir su mirada a la camiseta atada a la balsa, en cuyo interior se hallaba la única papaya y el único coco que les quedaba tras el desastre de la pérdida de las provisiones. No hablaban de ello ante la obviedad de su delicada situación. Cuando abrieran el coco, y bebieran el agua que contenía, no tendrían más agua potable, y desconocían cuánto tiempo tardarían en llegar a tierra. Y la idea de ingerir sangre de pez no le atraía en lo más mínimo, del mismo modo que no le entusiasmaba verse rodeados de tiburones relamiéndose ante un fácil aperitivo.

Aquel pensamiento hizo que tocase la larga espada que llevaba sujeta a la espalda en su funda, decidida a ser un indigesto bocado para cualquier bicho que intentase comérsela.

A fin de calmar el hambre cada vez más acuciante, Elisabeth se tendió junto a su compañero. Tal vez, cuando despertasen, todo habría sido un sueño y se encontrarían a salvo entre las paredes del odiado colegio...



#### HOSPITAL DE LINDI. COSTA SURESTE DE TANZANIA.

El doctor Hassan Mkapa frunció el ceño al observar el resultado de las analíticas realizadas a los dos náufragos que unos pescadores habían hallado a la deriva. Se dio unos golpecitos en el mentón con los informes. Comprobó que realmente se encontraba solo en el laboratorio, y retiró las pruebas de sangre en el interior

de un sobre, junto con las hojas de las analíticas. Del fondo oculto del cajón de su mesa de trabajo, extrajo unos informes genéricos y guardó el sobre en su lugar. A continuación, desbloqueó su teléfono y pulsó un único número programado de antemano.

—Con el doctor Rajaba Mbilinyi, es urgente —aguardó unos instantes, tal y cómo le indicaron al otro lado de la línea, hasta que al fin alguien dijo ser la persona por la cual preguntaba—. Tengo dos *E* en mi hospital —escuchó las instrucciones de su interlocutor con atención—. Bien, les mantendré en aislamiento.

Colgó el teléfono y se dirigió a la sala en la que se trataba a los naufragos para dar instrucciones acerca de su tratamiento. Pronto quedarían en manos del *Proyecto Ogmios* y tan pronto les recogieran, él olvidaría que *los* había visto. Nadie debía sospechar de su colaboración con ellos.

#### ASHARE

El viento soplaba con fuerza y agitaba su negro cabello que, en ocasiones, formaba una densa cortina ante sus ojos mientras avanzaba por la avenida Broadway. Poco antes había podido recoger una manzana caída de un puesto de frutas en el mercado Fairway. No tuvo tiempo de esquivar a la anciana que acababa de detenerse junto al borde de la arbolada mediana obedeciendo las indicaciones del semáforo peatonal. El rugir de los motores ahogaron su disculpa y el grito de alarma de la mujer al sentirse empujada hacia la calzada en el preciso instante que el tráfico recobraba la movilidad.

Ashare la sujetó a tiempo de evitar que la arrollase la furgoneta roja y se elevó con la mujer con un fuerte aleteo de sus negras y membranosas alas. Un *Lincoln Mark* plateado frenó en seco y los vehículos que le seguían apenas tuvieron tiempo de maniobrar. En un rápido parpadeo se produjo una estruendosa concatenación de choques. Los gritos de los transeúntes se unieron a los aterrorizados alaridos de la anciana al verse flotando en el aire.

Ashare la depositó de nuevo en el suelo, desconcertada por las incomprensibles convulsiones que agitaban a la mujer. La gente se de su alrededor se apartó apresurada, apresuró a apartarse entre un clamor de alarma y terror. En el suelo, la anciana había dejado

de moverse.

—¡La ha matado! —gritó una voz aguda— ¡Esa *Degenerada* la ha matado!

Aquellas palabras fueron suficientes para que el tumulto creciese a su alrededor. Aturdida por la acusación y los enfurecidos rostros, intentó explicarse. Los insultos y las acusaciones crecieron. Los conductores accidentados salieron de sus vehículos y dirigieron su ira hacia la que consideraron causante de lo ocurrido. El tráfico se detuvo casi por completo. Los curiosos se aproximaron. De algún modo aparecieron amenazadores bates entre los presentes

—No, no... Yo solo...

Una mano firme se cerró alrededor de su muñeca y tiró de ella. Confusa, Ashare corrió obediente a las instrucciones de su mediador. Las hostiles voces la siguieron hasta que giraron en la calle West y las dejaron atrás entre miradas atónitas de los paseantes con quienes se cruzaban. Volvieron a girar al final de la avenida West y el desconocido que tiraba de ella, empujó la puerta del edificio frente al que pasaban y la instó a entrar. Sin detenerse, cruzaron el vestíbulo hacia el ascensor que abría las puertas en esos momentos para dejar salir a sus ocupantes, y entraron de inmediato. Ashare se frotó la dolorida muñeca y alzó la vista hacia su salvador para encontrarse ante un hombre de cabello castaño que llevaba recogido en una coleta, y con una incipiente barba que ensombrecía sus mejillas y mentón en un rostro que se le antojó atractivo para ser bastante mayor que ella. Se dio cuenta de que le sonreía y correspondió agradecida. Le gustaban los serenos colores que le envolvían e indicaban que se trataba de una buena persona que no trataría de herirla.

El ascensor se detuvo en la séptima planta y ambos salieron. Siguió al desconocido a lo largo del pasillo hasta que él señaló una de las puertas. Le vio abrir con la *tarjeta llave*, y la apremió para que entrase en la habitación.

—Has tenido suerte, chica. Te hubieran hecho pasar un mal rato —dijo tras cerrar la puerta a su espalda—. Soy Hudson. ¿Y tú?

—Ashare Lohan —respondió, todavía asustada.

Hudson se secó el sudor con la manga de la camisa, y observó a la jovencita que había logrado sacar del tumulto antes de que vencieran sus miedos y decidieran apalearla. Confiada, ella examinaba el desordenado apartamento en el que él vivía temporalmente. La vio retorcerse las manos bajo las largas mangas de la prenda que llevaba puesta, sucia, descolorida y llena de agujeros. La larga, abundante y negra cabellera, hacía mucho tiempo que no recordaba qué era un cepillo o el jabón, al igual que su carita de rasgos ovalados en los que destacaban sus ojos de iris de color ámbar y pupila reptiliana, acaparaban toda la atención. Al menos, hasta que se reparaba en las protuberancias que sobresalían tras sus hombros y nacían de sus omóplatos. Ellas habían sido la causa de que se viese impulsado a intervenir. La vio elevarse con unas enormes alas membranosas tan negras como su cabello. Todas sus alarmas saltaron en ese instante al comprender el grave peligro en el que se encontraría tan pronto regresase a tierra.

—¿Qué te parece si te das un baño? Te dejaré algo de ropa.

La amplia sonrisa de la muchacha le causó más preocupación que alivio. Fue al dormitorio en busca de ropa limpia que pudiera prestarle y una toalla.

—Prepararé algo de cenar.

—¿Qué deseas de mí? —preguntó preocupada—. Perdona, es que no suelo tener últimamente a mí alrededor a personas que intenten ser amables conmigo.

—Solo soy un amigo.

—Vale —aceptó tras meditarlo un instante.

Ω

Las prendas que le había prestado mejoraban relativamente su aspecto, aunque le seguían quedando grandes, pero el resto de su presencia había perdido la mugre y parecía una criatura preciosa. Hudson preparó huevos, tocino y puré de patatas suficiente para saciar el hambre que calculó que pudiera tener. Depositó el plato sobre la mesa. La chica se acercó despacio, como un gatito receloso, pero demasiado hambriento para ser cauteloso.

No le sorprendió el apetito que la muchacha demostró en cuanto le indicó que era para ella. Arrastró una silla para sentarse

frente a la chica.

—Tienes pinta de necesitar una mano amiga. ¿Llevas mucho en la calle? —la vio asentir mientras no dejaba de comer—. Conozco un lugar donde se ayuda a chicos como tú, aunque es lejos de aquí. Te ayudarían a tener un hogar, no tendrías que andar sola por las calles y estarás más segura que aquí —sonrió acodado en la mesa.

—¿Y qué tienes que ver con ese lugar? —inquirió la chica con suspicacia. Aunque la comida que tenía delante y que estaba a punto de desaparecer era mucho más interesante.

Hudson se levantó para ir a por la olla en la que quedaba más puré, y regresó para servirle una nueva ración.

—Estuve allí un par de años. Se ocupan de chicos especiales como tú, les dan refugio, estudios, y les ayudan a usar sus habilidades especiales —detectó un brillo de interés entre cucharada y cucharada.

—Eso no existe —decretó ella finalmente y continuó comiendo.

—Sí, aunque está muy, muy lejos —dejó la olla sobre los fogones apagados y tomó asiento nuevamente—. ¿Tienes algo que te ate a este lugar? ¿Familia, pareja...? —la vio titubear un instante para, seguidamente, negar una vez más —Entonces, ¿por qué no te lo piensas? Puedo llamar para averiguar si tienen plaza. Podrás comer todo cuanto desees y dormir a salvo, en una cama limpia, y con un uniforme muy chulo. Esa gente se ocupa de todo y creo que tienes potencial para llegar muy lejos si dejas que ellos te den la formación adecuada.

—¿Dónde es?

—En Europa.

Ω

«Europa». Aquel nombre atrajo a su imaginación los numerosos cuentos e historias que había leído siendo niña. *Europa* era la tierra de la que nacían las leyendas sobre hadas, dragones y valientes guerreros de relucientes armaduras, y enormes caballos famosos. Un agradable cosquilleo le recorrió el cuerpo. Además, allí no existían vestigios del virus que había provocado todo ese odio a la gente especial. En la tierra natal de los dragones no perseguirían a alguien que llevase su sangre, como ella... Además, la perspectiva de volver a tener un techo sobre su cabeza, resultaba

tremendamente tentadora, y el asunto de la formación tampoco sonaba mal. Hacía mucho que no iba a la escuela. Y un uniforme. Adoraba los uniformes a pesar de que nunca pudiera tener uno. Pero lo que más la atraía de cuando el guapo Hudson había dicho, era el asunto de la comida. No recordaba cuánto tiempo había transcurrido desde que escapase de casa para comenzar su vida en las calles, lejos de su familia. Cada mañana se decía que todo sería mejor para, al acabar la jornada, acurrucarse agotada en alguna abandonada construcción. Día tras día la supervivencia era una lucha continua para no caer en manos de algún desaprensivo, o no verse involucrada entre las bandas de la zona. Sus facultades resultaban ser tan peligrosas como beneficiosas, y la acercaban un poco más a los límites de la seguridad. Había avistado a esos individuos con sus uniformes negros que se llevaban a gente de sus casas, los subían a un furgón, y nunca se los volvía a ver.

No le gustaba el inquietante color de sus auras, y no sentía el menor deseo de descubrir la razón de ello. Por otra parte, los colores que rodeaban a Hudson indicaban que podía confiar en él. Y la comida se enfriaba y era la primera vez que comía caliente un mucho tiempo.

—¿Por qué no duermes? —él señaló la puerta situada al otro lado de la sala—. Yo lo haré en el sofá.

Ashare aceptó la oferta y volvió a sonreírle antes de abrir la puerta y cruzar al otro lado, al no menos desordenado dormitorio. La ropa estaba por todas partes: sobre la cama, en la silla, tirada sobre una de las mesillas de noche. Se introdujo entre las sábanas y se acurrucó. El colchón era perfecto, la almohada se adaptaba a su cabeza, la habitación tenía todas sus paredes y no se colaba el frío por ninguna grieta. Volver a dormir así todos los días podría ser maravilloso. Abrazó la almohada. *Comer todo cuanto deseas*, también sonaba maravillosamente bien.

No tardó en quedar dormida y en soñar con los dragones y las hadas de Europa, y un gran banquete con todo tipo de deliciosos guisos que no se terminaban nunca.



Al quedar solo, Hudson se aproximó a la ventana una vez más. No había señal alguna de que estuviera cerca alguno de los equipos

de exterminio o cualquier otra corporación dedicada a la caza de *Degenerados*. Sin embargo, aquel refugio se había *quemado* y tendría que buscar otro lugar para establecerse. Sacó el teléfono del bolsillo y pulsó el número de marcación rápida grabado en la memoria. Dos señales, y una voz femenina e impersonal contestó al otro lado.

—La encontré. Y esto está al rojo —dirigió una mirada a la puerta del dormitorio y guardó el aparato en el bolsillo del pantalón tras escuchar la promesa de que en breve les enviarían un transporte—. Va a ser una noche muy larga —musitó para sí.



El nuevo día comenzó con una gran sorpresa para Ashare. En primer lugar, mientras ella dormía, Hudson le había comprado ropa: una camiseta, pantalones vaqueros, calcetines y unas deportivas, además de un precioso conjunto interior blanco de puntilla que la hizo sonrojar. Se vistió despacio, disfrutando del roce de cada una de las prendas que olían a nuevo. Su estómago reaccionó al delicioso aroma de tortitas y sirope de arce incluso antes de que ella misma fuese capaz de reconocer de qué se trataba. El hombre que la había acogido estaba en la cocina, vestido con unos tejanos y una camisa azul, recogido su cabello en una coleta como la noche antes, y en la mesa había un plato con un montón de tortitas regadas con sirope. Y había café recién hecho. ¡Y leche!

—Buenos días —saludó Hudson mientras añadía varias tortitas más a la torre—. Siéntate y come.

No se lo hizo repetir. De hecho, estaba convencida de que continuaba en un sueño.

—Lo que ayer me dijiste... —comenzó vacilante.

Hudson dejó la sartén en el fregadero y se giró, apoyado en él. Se había afeitado y todavía le pareció mucho más apuesto. De hecho, había formado parte de sus sueños como un valiente caballero andante.

—Sigue en pie —confirmó con una sonrisa.

A Ashare le pareció muy atractiva la forma en la que Hudson cruzó los brazos en el pecho para mirarla. Era el hombre más guapo que había visto en mucho tiempo. Y, además, olía muy bien.

—Entonces, mi decisión es que quiero ir allí.

Él le sonrió y ella no pudo evitar corresponderle, con la cálida sensación de que había tomado la decisión correcta.

—En cuanto termines, nos iremos.

—Entonces... ¿vamos a Europa? —se sorprendió. El sueño iba a cumplirse.



## *CAPÍTULO 2 - CENTRO DE REINTEGRACIÓN COTSWOLDS*

### MISS COMET

Cuatro estilizados aerodeslizadores A-414 de cristales tintados formaban un abanico en la plaza circular de arena situada en la entrada del edificio victoriano de tres plantas y grandes ventanales. Los acompañantes de los conductores salieron casi al unísono de los vehículos cuando se abrió el recio portón del edificio. Habían informado sus respectivas llegadas y sabían que les esperaban.

De mala gana, los jóvenes reclutados que ocupaban los vehículos descendieron de ellos a una indicación de sus respectivos chóferes, examinaron el lugar y, a continuación, lo hicieron unos con otros. Sus razones para haber aceptado estar allí eran tan diversas como ellos mismos, y tan solo compartían el mismo desconcierto al no haber descubierto el menor rastro de vallado, muros o torre de vigilancia desde que se les informara de que estaban llegando a destino. Solo una gran extensión de bosque parecía separar el centro al que habían sido enviados, del resto de la civilización.

Las hojas del portón se abrieron. Una pareja de adultos salió de la casa y descendió la breve escalinata. Se trataba de un hombre de mediana edad, vestido con un elegante traje marrón, camisa

blanca y corbata oscura; su cabello castaño mostraba algunas vetas plateadas que, junto con la recortada perilla que rodeaba sus labios y su mentón, le conferían un aire distinguido a su rostro redondeado, en el que destacaban sus ojos de tono castaño, de mirada penetrante, bajo las cuidadas cejas. Junto a él, avanzaba una mujer alta, de caderas ligeramente anchas perfiladas por la falta de tubo que complementaba el traje gris perla, sobre cuyos hombros reposaba su cabellera caoba en juveniles ondas, que remarcaban sus rasgos ligeramente ovalados de nariz recta y corta sobre unos labios carnosos que sonreían al acercarse.

Los cuatro agentes avanzaron al encuentro de la pareja responsable del centro e intercambiaron brevemente unas palabras con ellos. Habían transmitido sus respectivos informes durante el viaje y, con la entrega de sus protegidos a aquellas dos personas, concluía su misión. Regresaron a los vehículos en los que habían llegado, dejando a los cuatro muchachos en la plaza de arena, y partieron sin mirar atrás. Con toda posibilidad, no volverían a ver a los jóvenes que acababan de reclutar.

Tras ellos quedaba el confuso cuarteto con su equipaje en medio de la plaza.

—Bienvenidos al Colegio de Reintegración Cotswolds —indicó el hombre—. Soy James O'Connor, director de este centro. Mi compañera es la subdirectora, Angela Comet. Por favor, entremos para que podáis tomar algo caliente y *miss* Comet os pondrá en antecedentes de lo que esperamos de vosotros.



Angela Comet, subdirectora del *Centro de Reintegración Cotswolds*, agradeció a la secretaria la notificación de la llegada de los nuevos aspirantes, y cerró el expediente que estaba leyendo en la pantalla de su ordenador y se dirigió al vestíbulo para reunirse con el director de la institución en la que ambos trabajaban desde hacía más de quince años. Proyecto Ogmios, conocido simplemente de forma coloquial como *la fundación*, había surgido inspirado por la labor llevada a cabo en el continente americano por un defensor de los derechos de las personas con habilidades especiales, si bien con otros objetivos y un punto de vista un tanto diferente. El *Centro de Reintegración Cotswolds* se creó con el

objetivo de desarrollar un programa de educativo para evitar que numerosas familias de chicos con problemas de adaptación a causa de sus *habilidades especiales*, llamasen al teléfono de los *Servicios de Localización e Inscripción de Degenerados*<sup>1</sup>, a través de los cuales, el gobierno de la Comunidad Europea decidía poner fin a sus dificultades con ellos. Llamar al LSED significaba, en realidad, la eliminación de esos chicos. Proyecto Ogmios, sin embargo, creía firmemente que tenían más alternativas en sus vidas que la muerte o el perpetuo encierro condenados como peligrosos criminales. Dos chicos y dos chicas eran los objetivos sustraídos a la LSED en aquella ocasión.

Se acercaron a los agentes quienes, a su vez, fueron a su encuentro para intercambiar corteses saludos. Hacía tiempo que no acompañaban a ningún aspirante hasta la institución.

Constituían lo que en Proyecto Ogmios denominaban *Agentes de Campo* o de *Captación*. Se trataba de especializados *Cazadores* con la misión de encontrar a jóvenes con habilidades especiales, y llevarlos hasta allí. Ninguno de ellos eran seres comunes y su aspecto difería de la sobriedad exigida por otras instituciones. Atena, era una rubia mujer de más de dos metros de estatura y extraordinariamente atractiva que difícilmente pasaba desapercibida para los hombres gracias a los femeninos atributos que sus cortas y ajustadas camisetas, sus pantalones tejanos y la cazadora de cuero negro se encargaban de remarcar. Pero lo que la convertía en valiosa, era su habilidad con las armas de fuego y la increíble fuerza que poseía. El otro elemento era Minerva, quien, con su aspecto delicado y estilizado, además de su cabello gris ceniza, pasaría desapercibida junto a su compañera, de no ser por sus largas orejas cubiertas de escamas de tonalidad amatista, y las protuberancias que sobresalían en su cabeza, largas, delgadas y onduladas como las de una gacela. Un aspecto que ocultaba gracias a su capacidad para cambiar completamente su imagen a voluntad y poder pasar desapercibida entre el resto de la humanidad. La tercera agente podría considerarse absolutamente normal, aunque infravalorarla sería una equivocación. La teniente Elisa había adquirido su experiencia en combate como miembro de las fuerzas de Defensa de la Unión Europea, y poseía pleno dominio sobre su

---

<sup>1</sup> LSED - Location Services and Enrollment Degenerates.

habilidad en el control de las mentes de los seres humanos. El agente varón, se trataba, además, del más veterano de todos los que trabajaban para Ogmios. El Señor X era un individuo de edad madura que jamás reflejaba sus emociones ni sus pensamientos, ocultaba sus ojos tras unas gafas completamente negras. Se había formado en los equipos de seguridad y espionaje del estado y participado personalmente en el adiestramiento de todos aquellos jóvenes *Captadores*.

Tras un rápido intercambio de saludos, los cuatro regresaron a los vehículos. Los chóferes maniobraron y partieron de inmediato, dejando tras ellos a sus respectivos protegidos.



De evidente mala gana, cada uno de los chicos cogieron sus reducidos equipajes y les siguieron al interior del amplio vestíbulo del edificio. Una mujer joven, tan solo poco mayor que los recién llegados, salió a su encuentro y notificó al director O'Connors que tenía una llamada en su despacho e indicó que dejaran sus maletas allí mismo para que las llevaran a sus dormitorios. Miss Comet les guió a través de un pasillo al fondo del cual había puertas correderas de cristal traslúcido. Los muchachos observaron con relativa curiosidad las puertas situadas a su derecha, de madera y con elegantes molduras cuya utilización era indicada por placas doradas: «*Aseo femenino*», «*Aseo masculino*», «*Cuarto de Limpieza*». A su izquierda solo había una hoja doble de recio roble cerca del fondo: «*Sala de Acogida*». La subdirectora abrió una de las alas de la solitaria puerta y franqueó la entrada al salón. Las paredes pintadas de un suave tono crema, contrastaban con la madera del zócalo que rodeaba la estancia en la que un par de tresillos de gran tamaño invitaban a acomodarse en ellos, colocados frente a frente, a ambos lados de una mesita de mármol blanco y pies de negro hierro forjado. Sobre ella habían dispuesto una bandeja con pastas para acompañar el aromático té dispuesto para la entrevista. Miss Comet lo repartió entre las tazas y aprovechó para observarles y dar un rápido repaso a los expedientes que habían llegado esa misma mañana.

El primero de ellos se trataba de Red Reynolds, hijo de un veterano estadounidense de la Guerra del Golfo, un héroe ya

olvidado. Red se había infiltrado en la prisión internacional de Alta Seguridad *Ragknarök*, en la que su padre había sido confinado acusado de crímenes contra la humanidad como consecuencia del uso de sus habilidades especiales, tan admiradas antes de la aparición del devastador virus Seward. Su padre había rogado que le conmutaran la pena y uno de los contactos de la organización les solicitó su acogida en el centro. Se trataba de un muchacho que rondaba los dieciocho años, y que, al igual que su padre, poseía una atlética constitución además de una increíble fuerza física.

El otro muchacho era Justin Sanders, de veinte años. Un *vampiro vital* cuya facultad había despertado tras un grave accidente automovilístico después de que el vehículo cayera por un acantilado cuando el conductor perdió el control al volante. El equipo sanitario encontró a sus acompañantes convertidos en ceniza, mientras que él apenas conservaba un débil aliento. Como consecuencia del accidente, había perdido la mandíbula inferior, y aunque se le había reemplazado por una prótesis, el trabajo realizado distaba de devolverle su aspecto anterior, razón por la que el chico cubría parcialmente su rostro con un largo foulard de lino. Estaba acusado de parricidio y ningún otro miembro de su familia había querido hacerse cargo de él.

En cuanto las dos jovencitas, se trataban de casos particularmente especiales. Carol Ellis, era una pelirroja de aspecto provocativo que también respondía al sobrenombre de *Rust*<sup>2</sup>, capaz de causar el envejecimiento acelerado de los objetos. Se había criado en las calles de los suburbios entre periodos de internamiento en centros de reclusión para menores. La muerte de varias compañeras en extraños accidentes por degeneración de los materiales de construcción la habían colocado en las listas para el LSED, aunque un tutor de su centro de rehabilitación, y miembro de Ogmios, quiso darle una oportunidad al acudir a ellos.

Y, por último, estaba Alissa Davison, un nombre falso que ocultaba la verdadera identidad de la única hija de un empleado de la Eurocámara que deseaba mantener en secreto las inexplicables disfunciones metabólicas que recientemente causaban su metamorfosis en felino cuando ella dormía. La decisión de instalar rejas

---

<sup>2</sup> Rust – significa «herrumbre».

en las ventanas y colocar una puerta de seguridad en la habitación de la chica no resultó una solución óptima. Aquel intento de ocultar el problema en nada favoreció la actitud de su hija. Como forma de venganza, aprovechaba cualquier ocasión para causarles problemas en el hogar y su aspecto personal era una clara demostración de ello con sus ropas oscuras y rotas, su negro cabello mal cortado y sin peinar, los *piercings* que adornaban su labio inferior y el lóbulo de su oreja izquierda.

El nuevo proyecto de trabajo comenzaba con aquellos muchachos.

Ω

Miss Comet tendió una taza de té a Justin Sanders, quien no había rechazado su invitación de compartir el amplio sofá tresillo con ella, en tanto que el otro muchacho se había instalado en el centro sofá situado al otro lado de la mesa con actitud desafiante, y apoyaba los brazos en el respaldo. Alissa evitó ocupar asiento a su lado, y prefirió acomodarse en uno de los reposabrazos, mientras que Carol optó por permanecer de pie, obedeciendo su instinto de supervivencia. Así fue hasta que comprendió que su decisión atraía la atención de la mujer más de lo que ella deseaba.

Comet sonrió cuando ella aceptó la taza que le ofrecía y fue a sentarse en el borde del sofá, junto al reposabrazos que quedaba libre.

—Mi nombre es Angela Comet —se presentó, afable, sin mostrar malestar por la evidente hostilidad de los cuatro chicos—. En primer lugar, deseo daros la bienvenida a esta casa y espero que vuestra estancia con nosotros sea agradable y entretenida de ahora en adelante...

—¿Son del gobierno? —inquirió Carol con suspicacia.

—Al menos mueven hilos con el gobierno —afirmó Justin con el ceño fruncido—. ¿Qué quieren exactamente de nosotros? —se apresuró a adelantarse antes de que la mujer pudiera perderse en vagas divagaciones.

Miss Comet depositó la taza en la mesa con gesto sosegado.

—¿Qué pensáis que queremos de vosotros? —inquirió miss Comet con tono tranquilo—. ¿Qué puede querer el gobierno de vosotros?